

J.L. BASTERO DE ELEIZALDE, *El Espíritu Santo y María. Reflexión histórico teológica*, EUNSA, Pamplona 2010, 356 pp., ISBN: 84-313-2683-2.

Esta obra forma parte de la colección teológica de la Universidad de Navarra. Juan Luis Bastero de Eleizalde es profesor ordinario de la Facultad de Teología de esta Universidad, miembro de la Sociedad Mariológica Española y de la Pontificia Academia Mariana Internacional. Entre otros títulos de escritos mariológicos podemos mencionar: *Virgen Singular* (Madrid 2001), *María, Madre del Redentor* (Pamplona 2009). Por estos mismos antecedentes no nos sorprende el interesante aporte que constituye el libro que ahora comentamos.

El autor pretende mostrar el estrecho e indisoluble vínculo que existe entre el Espíritu Santo y María, en los hechos salvíficos propiamente tal y en la reflexión teológica a lo largo de toda la vida de la Iglesia. Padres, doctores y teólogos se han referido, de diversas maneras, a esta relación. Por otra parte, esta relación no siempre ha sido bien comprendida, especialmente en el ámbito protestante. Para estos es un abuso la profusión de la literatura mariana en desmedro de la acción del Espíritu Santo. El objetivo de este libro es, precisamente, “mostrar cuál ha sido a lo largo de la historia el tratamiento que primeramente los Padres y después los doctores y teólogos de los siglos siguientes han hecho de la relación existente entre el Paráclito, la Tercera Persona de la Trinidad Beatísima, y la Santísima Virgen María, Madre del Verbo encarnado” (p. 23).

El libro está estructurado en cinco capítulos: I. *El Espíritu Santo y María en el Nuevo Testamento*; II. *El Espíritu Santo y María en la Patrística*; III. *El Espíritu Santo y María en la Edad Media*; IV. *El Espíritu Santo y María en la Edad Moderna*; V. *El espíritu Santo y María en la Edad Contemporánea*. El primer capítulo constituye el punto de partida sobre el cual se edifica la reflexión teológica en torno a María. Los textos neotestamentarios son de una riqueza doctrinal inagotable lo que de manera muy sintética es destacado en este capítulo.

Ya desde el capítulo II encontramos un aspecto novedoso que el pro-

fesor Bastero de Eleizalde nos presenta. El detallado y exhaustivo trabajo que ha significado consultar y citar a 149 autores nos ofrece sin duda un panorama amplio y rico. La amplitud de estas fuentes nos permite conocer lo que han dicho de este tema autores de sobra conocidos (los Capadocios, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino) como otros cuyos nombres para la mayoría son totalmente desconocidos (Tito de Bostra, Godescalco de Limburg), pero que con su reflexión nos iluminan desde prismas muy variados.

Muchas de estas citas no están tomadas de tratados teológicos, sino de homilías u oraciones y nos muestran la vida del creyente de cada época, es la reflexión que brota de lo más vital en donde encontramos aspectos que reflejan una unidad creyente a lo largo de la historia. Esta unidad está matizada o alterada por los problemas (también vitales) de cada época en particular, así en la patrística el problema gnóstico y un lenguaje aun no técnico ni desarrollado teológicamente se reflejan en los diversos autores, estas realidades son las que se enfrentan e intentan responder. Y, aun profesando una fe correcta en torno al Espíritu Santo, “estaban faltos de una terminología adecuada y una estructura conceptual apta para afirmar sin ambages y con claridad que el Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad” (p. 94). Aun con estas limitaciones se aprecia al final de la patrística con bastante nitidez que María no sólo es Templo del Espíritu Santo sino que, por su *fiat*, “se canaliza toda la acción del Espíritu Santo” (p. 95), acción que interviene en la génesis humana de Cristo con una acción creadora.

El capítulo tercero es el más extenso, por lo extenso del periodo de la Edad Media. En continuidad con la tradición patrística los aportes de Oriente y Occidente son muy valiosos. El material con el que se cuenta es prolífico, hay abundantes tratados y homilías que profundizan en el misterio trinitario, lo que significa un desarrollo en la reflexión en torno a la divinidad del Paráclito. Así como encontramos una profusión de oraciones laudatorias a la Persona del Espíritu Santo, encontramos también oraciones referidas a la veneración e intercesión de Santa María, al ser la criatura que ha sido depositaria de la manera más plena de la efusión del Espíritu de Cristo. Un elemento muy interesante que se aprecia con fuerza en esta época es la idea muy extendida que el pueblo tiene de acudir a María a su “auxilio y protección, porque percibe que la acción santificadora del Espíritu pasa por sus manos” (p. 99). No es extraña esta reacción del pueblo fiel

en momentos en que se encontraban particularmente desvalidos por los avatares de la historia que les correspondió vivir.

Ante el cuestionamiento que motiva, en parte, al autor de este libro en el Medioevo los teólogos “no pretenden suplantar al Espíritu Santo por la Virgen en la acción santificadora de los hombres. Al contrario, todos consideran a María como la obra perfecta del Paráclito... La misión de María en la salvación siempre está subordinada a la acción del Espíritu Santo y nunca entra en competencia con Él” (p. 193).

La Edad Moderna (capítulo IV) está marcada por el humanismo y la reforma protestante. Esta última, que en un comienzo no debatió la doctrina mariana, terminó negando “a *radice*” la cooperación de María en la redención de su Hijo. Se Rechazó la mediación y la intercesión marianas. Se atacó directamente el culto mariano y sus manifestaciones de piedad, llegando, con el tiempo, a acusar de mariolatría al culto mariano popular” (p. 196). Esta nueva realidad significó una reacción en donde se destaca la piedad y las devociones marianas (Santo Rosario, Angelus) y, junto a esto, se inserta la figura de María en la Teología, “donde se exalta la dignidad de la Madre de Dios y la obra del Espíritu Santo en ella” (p. 260). Entre el s. XVII y XVIII es digno de destacar el barroco que se caracteriza por “una efervescencia de la imaginación que se siente libre de ataduras rígidas de lo establecido” (p. 217). Esto se refleja en las diversas devociones, las procesiones y todo el culto litúrgico. Diversas órdenes religiosas fueron protagonistas de la renovación espiritual del pueblo cristiano de la mano de una explosión del fervor mariano. Surgen así numerosas congregaciones marianas y el desarrollo teológico da pasos importante (Francisco Suárez, Plácido Nígido).

Por último el capítulo V, *El Espíritu Santo y María en la Edad Contemporánea*, está dividido en dos capítulos que tratan los siglos XIX y XX respectivamente. El XIX está marcado por el Romanticismo, con gran preponderancia del sentimiento y un marcado subjetivismo e individualismo. Ante esta exaltación de lo instintivo y sentimental surgen reacciones para demostrar los valores trascendentes del cristianismo. Por otra parte el Liberalismo rechaza la dependencia de Dios y se afirma de manera absoluta la libertad individual, la autonomía absoluta de la razón y la soberanía absoluta de la Naturaleza. En este contexto post Revolución francesa, claramente antirreligioso y particularmente anticatólico, en donde se pro-

dujeron numerosas persecuciones y supresiones de congregaciones, surge un renovado fervor mariano “debido al magisterio papal y a las diversas apariciones marianas que tuvieron lugar en Francia” (p. 263). También un hecho significativo que marcó esta época y la posterior fue la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Esta renovación de la devoción fue unida a una mirada a María que “se contempla a la luz de los primeros siglos de la Iglesia, como la Nueva Eva, la *Theotokos*, la *Panaghía*, la Madre de los vivientes” (p. 264).

El tratamiento al siglo XX se hace comenzando con una descriptiva situación de la realidad. La particular situación de Italia, el liberalismo nacionalista, el socialismo marxista fueron situaciones que marcaron la vida de la Iglesia y el actuar de sus pontífices. Se divide este siglo en un antes y un después del Concilio Vaticano II, en donde la doctrina pneumatológica contenida en el capítulo dedicado a la Virgen en la *Lumen Gentium* tiene una valoración desigual, ya que se “echa en falta en el texto conciliar un párrafo específico en el que se determine y puntualice la relación entre el Espíritu Santo y María y un desarrollo más sistemático de la acción del Espíritu Santo en la doctrina conciliar” (p. 339). En esta última parte del libro no encontramos una larga lista de autores que se mencionan, sino que es el magisterio pontificio el protagonista a través de exhortaciones, Congresos Marianos y encíclicas.

Junto a lo ya dicho se puede insistir en destacar que, tal vez, lo más original de este trabajo sea las numerosas fuentes consultadas y puestas a disposición del lector. Finalmente señalemos que, junto al exhaustivo recorrido que se hace por estos numerosos autores, nos encontramos en cada capítulo con una lúcida introducción que nos sitúa en el contexto histórico, se destacan las principales cuestiones diputadas y se ilumina acerca de los caminos que va tomando el devenir de la reflexión teológica. También en cada capítulo tenemos una conclusión en donde de manera ágil, breve y clara el autor da sus juicios en donde se extrae toda la riqueza del material investigado. No es una simple recopilación de textos, lo que en sí mismo tiene un gran valor, sino que, como el mismo título lo indica, se hace una interesante *reflexión histórico-teológica*.

Claudio Soto H.

Instituto de Teología UCSC